

SUSPIRAR Y DEJAR CAER EL VIAJE

LUCIANA VARELA Y LETICIA GASTALDI

El tren rumbo a las 34J va llegando a destino de la mano de #Parabra. Y, si llegamos hasta aquí, no es solo por tener en nuestro bolsillo el boleto, sino porque quisimos tomarlo.

Las preguntas que lanzamos al ruedo en las diferentes entregas de esta rúbrica, van decantando y sus respuestas también.

En este último viaje del Sí podrán advertir cómo los textos dejan entrever lo que la pregunta propuesta no dice y que Lacan nombra “una posición dramática”¹... y, como todo buen drama, encendió la conversación.

En esta estación nuevos pasajeros arriban. En el andén vemos a Ana Cecilia González conversar con Gustavo Stiglitz. Ella añade un comentario fundamental: si algo perfora el traumatismo freudiano, es el acto decisivo del analizante al balizar en la entrada, la salida y, le recuerda a Gustavo su propio dicho: no es sin sudar en la travesía.

Ana Lucia Soler al subirse al tren los escucha y recorta del paisaje un testimonio de pase, iluminando la pregunta de esta nueva entrega.

Antes de llegar a la estación central, Belén Zubillaga aviva la conversación, convirtiendo el drama en cosa seria. Se sirve de las palabras de Jorge Assef para tocar un punto vivo y crucial para los analistas: la Escuela.

La sombra espesa del vapor comienza a disiparse y queda algo flotando en el aire... si hacer de, encarnar, caer y dejar caer están hechos de una misma sustancia y el analista lo sabe: ¿cómo dar cuenta de ello y poner de relieve esa operación para que no atente contra el psicoanálisis mismo?

El Epílogo que nos obsequia Marcos Pelizzari les hará compañía durante el viaje. Sopla firme sobre la espesura que aún resta disipar: “Del lado del analizante se dice que sí a revisar las paradojas del síntoma (...) rechazando otros modos de solución que se intentan por la vía de la voluntad”.

Ahora sí, prendan sus auriculares que sobre el final del recorrido llegan los ecos de Gisela Catanzaro, socióloga e investigadora del CONICET, quien interpela sobre el ¿qué? y el ¿cómo? del consentimiento y sobre las particularidades del rechazo. Avanza en su viaje y se pregunta de qué están hechos los Sí y los No. Ella se bajará en la estación Karl Marx, pero antes, deja unas notas en las que emparenta el marxismo con el psicoanálisis.

Queridos viatores de #parabra, quédense un rato más en el vestíbulo y contengan el suspiro, que antes de entrar a la gran estación que serán nuestras 34J, quedan dos últimas paradas y un Vivo final de la mano de nuestro gran maquinista.

¹ Lacan, J., *Mi enseñanza*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 142.

“

“El analizante solo termina al hacer del objeto a el representante de la representación de su analista. Entonces, en tanto dure su duelo por el objeto a al que por fin lo ha reducido, el psicoanalista persiste en causar su deseo: más bien maniaco-depresivo. Es el estado de la exultación que Balint, aunque abordándolo por otro sesgo, describe sin embargo bien: más de un “éxito terapéutico” encuentra allí su razón, y sustancial eventualmente. Luego, el duelo se consume”.

Lacan, J., “El atolondradicho”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 511.

”

EL SI Y... EL OSCURO PROBLEMA DEL CONSENTIMIENTO

CONSENTIR AL ACTO DECISIVO

ANA CECILIA GONZÁLEZ

Lacan perfora la roca del impasse freudiano con una premisa lógica: lo que está “en el billete de entrada”¹ ha de conducir a la salida.

En un párrafo que condensa sus elaboraciones acerca del acto analítico afirma: “el psicoanalizante hace al psicoanalista en el sentido fuerte del término”,² es decir que el acto decisivo del analizante instauro al analista, a condición de que este se preste a “hacer de psicoanalista, en el sentido de la simulación, a hacer de aquel que garantiza el sujeto supuesto saber”.³ Por otra parte, y como reverso inherente al algoritmo de la transferencia, “él soporta, encarna la carta de triunfo, en la medida en que desempeña el papel de 10 que constituye el objeto a, con todo el peso que implica”.⁴

Destaquemos los términos: soporta, encarna, con todo el peso. El analista consiente a soportar la transferencia en su faz de objeto, según las sustancias episódicas del caso y las variaciones contingentes con las que se producen las sucesivas caídas (o franqueamientos) por las cuales suda el analizante, como plantea G. Stiglitz en el Boletín #4.

Prosigue Lacan: “conducir a alguien al término de su análisis, al cabo de su incurable verdad, hasta el punto en que él sabe que, si hay acto, no hay relación sexual”⁵ no puede ser una forma de dominación, el analista no es el amo del juego. Si está a la altura de su acto, no hay lugar para nada que le guste o le disguste, añade.

En el final, el objeto que encarnaba está destinado a caer, sicut palea, deshecho de la operación. Se reduce entonces al objeto que el analizante ve, en anamorfosis, desde la salida, y del cual dará cuenta ante la Escuela si así lo elige y la nominación, sujeta a contingencia, se produce.

De nuevo, no hay lugar para algo que le guste o le disguste, no dará permiso ni empujará. Consiente, en el final como en el inicio, que el acto decisivo quede del lado del analizante, quien sabrá encontrar su “puerta a medida”.

¹ Lacan, J., “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 270.

² Lacan, J., *El Seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, Buenos Aires, Paidós, 2018, p. 319.

³ *Ibíd.*, p. 320.

⁴ *Ibíd.*

⁵ *Ibíd.*

UN ÚLTIMO SUSPIRO

ANA LUCÍA SOLER

“Consentir a una serie de caídas”, es el sintagma que enuncia Gustavo Stiglitz del lado del analizante. Este puede enlazarse al consentir instituirse como “aquellos que cae” al final de un análisis, del lado del analista.

El eliminarse del juego de la transferencia, “drama que no es el accidente que se cree”,² implica conducir la cura hasta el punto de querer su propia caída como objeto a.

Una disolución que supone el consentimiento del analista a ser el residuo de un discurso, operación de deseo que se apoya en una hiancia, buscando obtener la diferencia absoluta y así, provocar un viraje subjetivo.

Del testimonio de Jorge Assef³ extraigo cuatro escansiones del final:

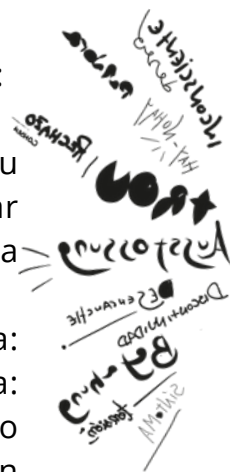
1. Localizar el trauma y la respuesta infantil: “¿de que goza tu cuerpo?, el analizante responde sin duda al analista: “De abrazar y de comer”. Es entonces, que produce el significante garrapata que nombra algo de sí.
2. Forzar el atravesamiento: Sobre el recorte de la frase materna: “yo te decía agarrate fuerte”, (...) la analista exclama: “Encontraste la marca original”. Luego, deconsiste la marca: “Eso es muy tuyo y pone frente a mi cara su puño, cerrado con fuerza”. Así, la interpretación conduce del agarrate del fantasma al garrapata que se formaliza en el síntoma.
3. Silabear un nuevo arreglo: “El analista dice: tal vez llegó el momento de separar el del-fin en sílabas. Un sueño responde: “el pato nada, se zambulle. (...) Luego (...) sube hasta la rama más alta. (...) Es para que no lo agarren. (...) Allí estaba representada la extracción del pathos de la garra-pata, surgía ese rasgo de goce singular, la garra ”.
4. Eliminarse: “tendido una vez más en el diván, (...) recordé el final no como una explosión, sino como un suspiro. (...) La analista hizo un largo suspiro; esa fue su última intervención”.

Si el fin de análisis implica una mutación y un nuevo arreglo con el goce, este no es sin que el deseo del analista opere y que una ética del acto se ponga en juego. Entonces, quizás, el fin puede decirse en la fórmula contingente: desear y provocar un último suspiro

¹ Argumento de las 34° Jornadas Anuales de la EOL, *El Sí y el No. Entre consentir y rechazar*, 29 y 30 de noviembre 2025 [en línea 17 de octubre de 2025] <https://jornadaseol.ar/argumento.pdf>

² Lacan, J., “El Trieb de Freud y del Deseo del Psicoanalista”, *Escritos 2*, México, p. 389.

³ Assef, J., “Testimonio 1”, *Cuerpos, Revista Lacaniana de Psicoanálisis* N°30, Buenos Aires, Grama, 2021, p. 103.





CONSENTIMIENTO FINAL Y DESPUÉS

BELÉN ZUBILLAGA

¿A qué consiente el analista al final del análisis? es una pregunta que puede responderse desde dos perspectivas. Por un lado, desde el analista partenaire del analizante y por otro, desde el analista producto de la experiencia misma.

Sobre el primero. Debería consentir ser eliminado del diálogo “como algo que cae y que cae para siempre”,¹ lo que entraña sin embargo un consentimiento inicial, que no implica que precipite ser abandonado antes de tiempo. Más bien, un querer ser abandonado –que es lo contrario a la demanda de amor– saber que es un desecho, como también saber hacer de desecho en la experiencia analítica,² costado trágico del destino del analista.

Que ese consentimiento deba estar de entrada, es lo que permite entender que el analista “debe desear terminar como un desecho”.³ Caer, dejarse perder. Es decir, que es un consentimiento final un tanto paradójico.

Desde el segundo. El analizante devenido analista y advertido del real de sus restos sintomáticos, podríamos pensar, el de

consentir además, la posición analizante en la transferencia con la Escuela. ¿Por qué y para qué? No solo para tomar distancia de esos restos en las curas que dirige, sino fundamentalmente retomando las palabras de Jorge Assef: “porque tenemos la responsabilidad de cuidar a la Escuela de nosotros mismos, de nuestras tragedias y pasiones, de nuestros síntomas e identificaciones”.

Entonces desde esta perspectiva, el consentimiento a esa caída, no es sin consentir un nuevo lugar y un nuevo lazo para el analista-analizante, con su propio real, con la Escuela y con los otros.

¹ Lacan, J., *Mi enseñanza*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 142.

² Miller, J.-A., *El banquete de los analistas*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 417.

³ *Ibíd.*, p. 418.